

PARRAS: AGUA, VINO Y CIVILIZACIÓN EN UN OASIS DEL NORTE DE MÉXICO

DIVULGACIÓN

PARRAS: WATER, WINE AND CIVILIZATION IN AN OASIS OF NORTHERN MEXICO

PERALES HUERTA, Adolfo ¹SANDOVAL CORTÉS, José ²LOREDO TREVIÑO, Araceli ²GOVEA SALAS, Mayela ²GOMES ARAÚJO, Rafael ³

RESUMEN

El Valle de Parras constituye un caso singular en el norte de México, donde la relación entre el agua, el entorno natural y la acción humana ha dado lugar a un paisaje cultural único. Ubicado en una región semidesértica, este oasis ha sido históricamente posible gracias a la presencia de fuentes subterráneas, manantiales y sistemas tradicionales de captación y conducción del agua, que han permitido el asentamiento humano y el desarrollo de actividades agrícolas. A lo largo de los siglos, la disponibilidad de agua en Parras no solo hizo posible la vida en un entorno árido, sino que también favoreció la consolidación de una de las tradiciones vitivinícolas más antiguas del continente. Desde finales del siglo XVI, con el establecimiento de haciendas agrícolas y vitivinícolas como la Hacienda de Arriba (1593) y la Hacienda de San Lorenzo (1597), se desarrolló una actividad que, con el tiempo, se convertiría en uno de los principales rasgos identitarios de la región. La producción de vino, más allá de su dimensión económica, ha sido un elemento clave en la configuración de la identidad local, articulando prácticas productivas, saberes técnicos y formas de organización social vinculadas al uso eficiente del agua. Este trabajo propone una aproximación divulgativa a la manera en que el agua, la vitivinicultura, el paisaje y la sociedad se entrelazan en Parras, destacando que su singularidad no radica únicamente en la producción de vino, sino también en la construcción histórica de una cultura del agua. Dicha cultura ha permitido transformar un entorno adverso en un espacio productivo, habitable y simbólicamente significativo. En este sentido, Parras puede entenderse como un ejemplo representativo de cómo la interacción sostenida entre la naturaleza y la sociedad da lugar a paisajes culturales complejos, donde los recursos naturales, el conocimiento tradicional y la actividad humana convergen para generar identidad, permanencia y desarrollo en condiciones ambientales desafiantes.

Palabras clave: Parras; vitivinicultura; agua; paisaje cultural; oasis.

1. Maestría en Vitivinicultura,
Centro de Estudios e
Investigaciones
Interdisciplinarios, Universidad
Autónoma de Coahuila, Saltillo,
Coahuila, México.

2. Facultad de Ciencias Químicas,
Universidad Autónoma de
Coahuila. Saltillo, Coahuila,
México.

3. Centro de Investigación en
Genética y Genómica (CIGEN),
Universidad Autónoma de
Coahuila. Saltillo, Coahuila,
México.

Correspondencia
rafael.araujo@uadec.edu.mx
<https://orcid.org/0000-0003-3184-169X>

Fecha de recepción
13 de mayo de 2026.

Fecha de aceptación
7 de agosto de 2026.

ABSTRACT

The Parras Valley is a unique case in northern Mexico, where the relationship between water, the natural environment, and human activity has given rise to a singular cultural landscape. Located in a semi-desert region, this oasis has historically been sustained by underground and natural springs, along with traditional water collection and distribution systems, which have enabled human settlement and agricultural development. Over the centuries, the availability of water in Parras not only made life possible in an arid environment but also helped consolidate one of the continent's oldest winemaking traditions. From the late 16th century, with the establishment of agricultural and wine-producing haciendas such as Hacienda de Arriba (1593) and Hacienda de San Lorenzo (1597), an activity developed that would, over time, become one of the region's defining characteristics. Beyond its economic dimension, wine production has been a key element in shaping local identity, articulating productive practices, technical knowledge, and forms of social organization linked to the efficient use of water. This work proposes an accessible approach to understanding how water, viticulture, landscape, and society intertwine in Parras, highlighting that its uniqueness lies not only in wine production but also in the historical development of a water culture. This culture has transformed an adverse environment into a productive, habitable, and symbolically significant space. In this sense, Parras can be understood as a representative example of how sustained interaction between nature and society gives rise to complex cultural landscapes, in which natural resources, traditional knowledge, and human activity converge to generate identity, continuity, and development under challenging environmental conditions.

Keywords: Parras; viticulture; water; cultural landscape; oasis.

INTRODUCCIÓN

Hablar del Valle de Parras de la Fuente es hablar de un territorio en el que el agua ha definido el curso de la historia. En medio de un entorno semidesértico, donde las condiciones naturales podrían parecer adversas al desarrollo humano, este valle se ha consolidado como un oasis productivo y cultural gracias a una relación profunda entre la sociedad y sus recursos naturales.

Desde sus primeros asentamientos, el aprovechamiento del agua ha sido un factor determinante. La presencia de manantiales, galerías filtrantes y sistemas tradicionales de conducción permitió no solo la subsistencia, sino también el desarrollo de actividades agrícolas especializadas. Entre ellas destaca la vitivinicultura, que, con el paso del tiempo, se convirtió en uno de los pilares económicos y culturales de la región. Diversos estudios históricos sitúan el origen de esta actividad a finales del siglo XVI, cuando comenzaron a consolidarse las primeras haciendas agrícolas y vitivinícolas del valle, lo que convirtió a Parras en uno de los antecedentes más tempranos de la producción de vino en el continente americano (Corona Páez, 2004, 2011).

La historia de Parras no puede entenderse sin considerar cómo sus habitantes aprendieron a gestionar el agua de manera eficiente, adaptándose a un entorno de escasez y transformándolo en una oportunidad. Este conocimiento, transmitido de generación en generación, ha dado lugar a prácticas que hoy forman parte del patrimonio cultural del valle. La disponibilidad de agua ha estado asociada a complejos procesos hidrogeológicos regionales vinculados a sistemas acuíferos que alimentan manantiales y corrientes subterráneas, lo que permite el desarrollo agrícola permanente en una región predominantemente árida (Comisión Nacional del Agua [CONAGUA], 2023).

En este contexto, el presente texto busca acercar al lector, de manera accesible, a la comprensión de Parras como un paisaje cultural en el que el agua, el trabajo humano y la tradición vitivinícola se integran en una misma narrativa (Mitchell et al., 2009). Más que ofrecer un análisis técnico, se propone una lectura que permita reconocer cómo estos elementos siguen presentes en la vida cotidiana y por qué resulta fundamental valorar y conservar estos sistemas ante los desafíos actuales relacionados con el uso sostenible del agua, la conservación del patrimonio y la permanencia de las actividades productivas tradicionales.

En años recientes, diversos estudios han señalado la importancia de conservar los paisajes culturales asociados al agua y a la agricultura tradicional en regiones áridas, debido a las presiones derivadas del cambio climático, la sobreexplotación de los recursos hídricos y las transformaciones productivas contemporáneas (UNESCO, 2011). En este contexto, el caso de Parras resulta particularmente relevante porque permite analizar cómo un sistema histórico

de aprovechamiento del agua ha contribuido al desarrollo económico, social y cultural de una comunidad durante más de cuatro siglos.

El objetivo de este trabajo es presentar una aproximación divulgativa a la relación histórica entre agua, vitivinicultura, paisaje y sociedad en el Valle de Parras, destacando cómo estos elementos han contribuido a la construcción de uno de los paisajes culturales más singulares del norte de México.

UN OASIS IMPROBABLE

En el sur del estado de Coahuila, rodeado por sierras, lomeríos y paisaje semidesértico, existe un territorio cuya historia parece desafiar la lógica geográfica. En una región donde predominan la escasez de lluvias, los matorrales xerófilos y los suelos áridos, el Valle de Parras surgió como una excepción: un oasis. De acuerdo con información de la Comisión Nacional del Agua, la región presenta precipitaciones medias anuales propias de los ambientes semiáridos del norte de México, generalmente inferiores a 350 mm anuales (CONAGUA, 2023).

Desde tiempos antiguos, este valle fue reconocido por la presencia de manantiales, ojos de agua y corrientes subterráneas que hicieron posible la vida humana, la agricultura y, con el paso de los siglos, una compleja cultura del agua. Mucho antes de las haciendas, las viñas o las bodegas, fue el agua la que hizo posible todo lo demás. Parras surgió como una condición natural extraordinaria en la que el agua, el territorio y la civilización quedaron profundamente vinculados entre sí. Esta relación entre la disponibilidad hídrica y la ocupación humana permite entender por qué los oasis han tenido, a lo largo de la historia, un significado que trasciende lo geográfico: son espacios donde la permanencia humana se vuelve posible (Lightfoot, 1996). En regiones áridas, el agua no solo sostiene los cultivos; también organiza sociedades, define asentamientos, ritmos productivos y relaciones comunitarias. En ese sentido, el Valle de Parras puede entenderse como un espacio en el que la geografía no fue un obstáculo, sino una oportunidad. En términos sencillos, sin agua constante, este valle no habría podido sostener ni población, ni agricultura, ni las actividades que hoy lo caracterizan.

La idea de oasis suele evocar fertilidad en medio de la escasez, pero, en términos históricos, implica algo más complejo: permanencia, adaptación y

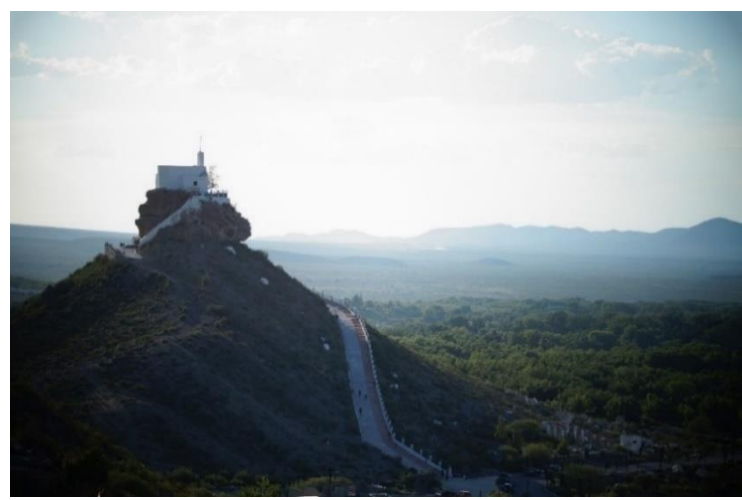


capacidad de organización. La existencia de un oasis no depende únicamente de la presencia de agua, sino también de la forma en que una comunidad aprende a reconocerla, conducirla, protegerla y hacerla socialmente útil. En Parras, esa relación parece haber moldeado una continuidad histórica singular.

Este tipo de paisajes no es exclusivo de México. A lo largo del mundo, los oasis han sido puntos clave para el desarrollo de civilizaciones en entornos áridos, como en el norte de África o Medio Oriente. En todos los casos, el agua ha sido el factor determinante que ha permitido la permanencia humana y el desarrollo cultural. Parras puede entenderse dentro de esta lógica global, pero con características propias que la hacen única en el contexto mexicano. Entre ellas, destaca el temprano desarrollo de la vitivinicultura, documentado desde finales del siglo XVI, así como la permanencia de sistemas tradicionales de aprovechamiento del agua que continúan formando parte de la identidad regional (Corona Páez, 2004).

A ello se suma una notable dimensión ambiental. La coexistencia de semidesierto, áreas cultivadas y zonas arboladas, vinculadas a corrientes de agua, creó un mosaico ecológico que favoreció tanto el poblamiento como la producción. Esta condición no solo hizo habitable el valle, sino que también contribuyó a darle una identidad territorial distinta dentro del norte mexicano.

Como se observa en la figura 1, el Valle de Parras constituye una excepción dentro del paisaje semidesértico del sur de Coahuila, donde la presencia de



agua ha permitido el establecimiento de áreas agrícolas permanentes y el desarrollo de una tradición productiva que perdura desde hace más de cuatro siglos.

Figura 13. Vista del Valle de Parras desde su entorno semidesértico. Fotografía de Adolfo Perales Huerta.

EL VALLE DONDE EL AGUA CORRE BAJO LA TIERRA

Una de las particularidades del Valle de Parras es su condición hidrogeológica. Diversos procesos geológicos, ligados a antiguos fondos marinos, a la sedimentación y a formaciones impermeables del subsuelo, favorecieron la acumulación y la conducción natural de las aguas subterráneas. Durante siglos, estas aguas brotaban de manantiales y alimentaban sistemas de riego que permitieron la agricultura en medio del desierto (Hodge, 2002).

La disponibilidad de agua en el Valle de Parras se asocia con sistemas hidrogeológicos regionales que han favorecido la acumulación y la circulación de agua subterránea en una zona caracterizada por condiciones semiáridas. Entre ellos destaca el acuífero General Cepeda–La Saucedá, una unidad hidrogeológica que cubre aproximadamente 3,299 km² en el sur de Coahuila y constituye una de las principales reservas de agua subterránea de la región (CONAGUA, 2023). La presencia histórica de manantiales, norias y corrientes subterráneas que han dado origen al oasis de Parras está estrechamente vinculada a la dinámica de este sistema acuífero.

En una región donde la precipitación media anual suele ser inferior a 350 mm, el aprovechamiento eficiente del agua ha sido una condición indispensable para la permanencia de la población y el desarrollo agrícola. Diversos estudios recientes han señalado que los acuíferos del norte de México enfrentan crecientes presiones derivadas del aumento de la demanda de agua, las variaciones climáticas y la expansión de las actividades productivas, lo que ha puesto de manifiesto la importancia de fortalecer las estrategias de conservación y de manejo sostenible del recurso hídrico (CONAGUA, 2023; UNESCO, 2011).

Con el tiempo, la mano humana perfeccionó esa relación mediante acequias, canales, galerías filtrantes y sistemas tradicionales de captación que permitieron aprovechar de manera eficiente los manantiales y escurrimientos subterráneos del valle (Palerm, 2005). Esto hacía posible regar los cultivos de manera constante, incluso en temporadas de baja precipitación. La gestión del agua no fue un hecho espontáneo, sino el resultado de un conocimiento acumulado. Mantener el flujo, conducirlo, distribuirlo y hacerlo útil para los cultivos requirió técnica, trabajo comunitario y organización.



Las acequias no solo repartieron agua; también estructuraron relaciones sociales, acuerdos y formas de cooperación. En torno al agua se construyó una cultura. Reconocer pendientes, identificar surgencias, conducir escurrimientos y conservar la humedad en los suelos implicó una relación muy estrecha con el entorno. Actualmente, este tipo de infraestructuras es reconocido no solo por su función práctica, sino también por su valor como patrimonio hidráulico, al representar formas históricas de adaptación humana a ambientes áridos y constituir testimonios materiales del conocimiento acumulado por las comunidades para gestionar el recurso hídrico a lo largo del tiempo (Fuerte Velázquez, 2019; UNESCO, 2011).

Como puede observarse en la figura 2, las galerías filtrantes, o fuques, constituyen una de las expresiones más representativas del patrimonio hidráulico de Parras. Estos sistemas, semejantes a las galerías filtrantes documentadas en otras regiones áridas del mundo, permitían interceptar flujos subterráneos y conducir el agua por gravedad hacia áreas agrícolas y asentamientos humanos, reduciendo las pérdidas por evaporación y asegurando un suministro relativamente constante (Lightfoot, 1996).

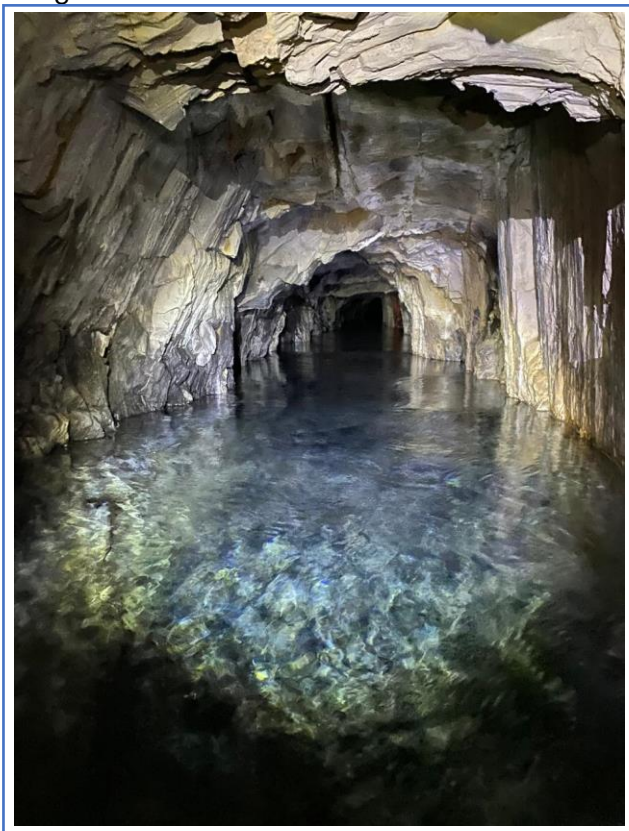


Figura 2. Interior de una galería filtrante (fuque), expresión histórica del aprovechamiento subterráneo del agua en el Valle de Parras. Fotografía de Adolfo Perales Huerta.

En muchos paisajes históricos, los sistemas hidráulicos revelan tanto como los edificios monumentales. Permiten comprender las prioridades económicas, las formas de organización social y las estrategias de adaptación al entorno. En Parras, los trazos del agua forman parte de esa lectura territorial. No se trata solo de infraestructura funcional, sino de huellas materiales que muestran cómo distintas generaciones aprendieron a convivir con un recurso limitado y a construir un sistema productivo duradero.

La disponibilidad y la distribución del agua influyeron directamente en la localización de cultivos, asentamientos y actividades productivas, lo que contribuyó a la organización histórica del territorio. En esa medida, la historia del agua es también la historia de la construcción del paisaje cultural que distingue a Parras entre los oasis históricos del norte de México.

DONDE LA VID ENCONTRÓ SU DESTINO

Cuando los españoles llegaron al norte novohispano, encontraron en este oasis condiciones singulares para el cultivo: suelos apropiados, disponibilidad de agua, un clima extremo pero favorable y un valle protegido. Estas condiciones permitieron el establecimiento de algunas de las primeras explotaciones vitivinícolas documentadas en América y favorecieron la consolidación de haciendas agrícolas que desempeñaron un papel fundamental en la organización económica y territorial de la región (Chevalier, 1976). Entre ellas destaca la Hacienda de Arriba, fundada por Francisco de Urdiñola hacia 1593, así como la Hacienda de San Lorenzo, establecida pocos años después y reconocida actualmente como el origen de Casa Madero, considerada una de las bodegas en operación continua más antiguas del continente (Corona Páez, 2004, 2011).

La introducción de la vid no fue solo un acontecimiento agrícola. Supuso la incorporación de conocimientos sobre cultivo, prácticas de riego, técnicas de transformación y formas de organización productiva que encontraron en Parras condiciones favorables para su desarrollo. A partir de entonces, la producción de vino comenzó a integrarse gradualmente en la vida económica y social del territorio, convirtiéndose en una actividad estrechamente vinculada al aprovechamiento del agua y a la adaptación de las comunidades a un entorno semiárido.

La viticultura requería tiempo, observación y paciencia. Cada ciclo de poda, brotación, maduración y cosecha recuerda que el vino surge de procesos largos. Esa temporalidad también fue modelando una cultura. La vid transformó la relación de los habitantes con el paisaje, introduciendo nuevas formas de observar las estaciones, interpretar el clima, reconocer los suelos y ajustar las prácticas agrícolas. La viticultura no solo se adaptó al territorio; también contribuyó a redefinirlo.

Con el paso de los siglos, la producción vinícola dejó de ser únicamente una actividad económica y adquirió un valor simbólico e identitario. En muchos sentidos, el vino comenzó a expresar una relación histórica entre la naturaleza, el trabajo y la cultura. Actualmente, la vitivinicultura continúa siendo una de las actividades más representativas de Parras y de Coahuila, estado que se mantiene entre los principales productores de uva para vinificación en México y concentra algunas de las bodegas más reconocidas del país (Consejo Mexicano Vitivinícola, 2024; Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera [SIAP], 2024).

La permanencia de esta actividad no estuvo exenta de dificultades. Durante el siglo XIX y principios del XX, la vitivinicultura regional enfrentó diversos desafíos asociados a crisis económicas, transformaciones productivas y problemas fitosanitarios, como la filoxera, que afectó importantes zonas vitivinícolas y obligó a replantear las estrategias de cultivo y producción en el valle (Corona Páez, 2009). A pesar de estas circunstancias, la actividad logró mantenerse y evolucionar, consolidándose como uno de los elementos más representativos de la identidad regional.

Más allá de las cifras productivas, la permanencia de la vid en el valle durante más de cuatro siglos refleja la capacidad de adaptación de una comunidad que aprendió a aprovechar de manera eficiente los recursos disponibles. La historia del vino en Parras no puede separarse de la del agua, del trabajo agrícola y de la construcción de un paisaje cultural que sigue evolucionando hasta nuestros días.

EL VINO COMO TEJIDO SOCIAL

Hablar del vino en Parras de la Fuente es hablar de vendimias, celebraciones, memoria familiar, hospitalidad, gastronomía, paisaje y comunidad. Durante generaciones, el vino ha estado presente tanto en rituales sociales como en la vida cotidiana: en conversaciones, sobremesas y relatos que se transmiten de una generación a otra. Esta presencia histórica ha contribuido a consolidar una identidad regional estrechamente vinculada a la cultura vitivinícola, reconocida actualmente como uno de los principales elementos distintivos del municipio (Corona Páez, 2011).

Las vendimias han sido una expresión de trabajo colectivo. En torno a la cosecha se reunían manos, conocimientos y esfuerzos compartidos. El traslado de la uva, el trabajo en lagares, los antiguos carretones de bueyes, los oficios asociados a las bodegas y la celebración posterior forman parte de una memoria social profundamente ligada al vino. En años recientes, las vendimias también se han consolidado como eventos culturales y turísticos que atraen visitantes nacionales e internacionales, lo que fortalece la difusión del patrimonio vitivinícola regional (Consejo Mexicano Vitivinícola, 2024).

Como se observa en la figura 3, algunas prácticas asociadas a la vendimia han trascendido su función productiva para convertirse en expresiones simbólicas que refuerzan el sentido de pertenencia y la continuidad de las tradiciones locales.

Además de su dimensión productiva, el vino ha cobrado un gran valor simbólico. Se asocia con la celebración, la abundancia, la hospitalidad y el encuentro. En muchos territorios vitivinícolas, el vino condensa una narrativa sobre el lugar de donde proviene; en Parras, el vino también habla del valle, de su historia y de su gente.



Figura 3. Pisado de uva en lagar, como práctica simbólica que articula trabajo, celebración y memoria en la cultura vitivinícola de Parras.
Fotografía de Adolfo Perales Huerta.

Puede entenderse, además, como un mediador cultural. En torno a una mesa, durante una cata o una vendimia, se comparten relatos, se transmiten recuerdos y se fortalecen vínculos. Esta dimensión relacional, aunque menos visible que la producción, resulta fundamental para comprender la permanencia de una cultura del vino a lo largo del tiempo. Diversos estudios sobre enoturismo y patrimonio cultural han señalado que las experiencias vinculadas al vino permiten conectar la producción, el territorio y la identidad, favoreciendo procesos de valoración social del paisaje y de las tradiciones locales (UNESCO, 2011).

Sin embargo, el vino no existe de manera aislada. Forma parte de un sistema productivo más amplio, posible gracias a la disponibilidad de agua en el valle. Junto a los viñedos, se han desarrollado otros cultivos tradicionales como el nogal —base de la producción de nuez pecana—, así como frutales como higueras, duraznos y granadas, que enriquecen tanto el paisaje como la dieta local. Actualmente, Parras forma parte de una de las regiones nogaleras más importantes del norte de México, actividad que comparte con la vitivinicultura una estrecha dependencia de los sistemas históricos de aprovechamiento del agua.

De igual forma, la ganadería ha desempeñado un papel importante, especialmente en la producción de leche y de derivados, como los dulces tradicionales de leche, que forman parte de la identidad gastronómica de la región. Estas actividades, junto con la agricultura y la vitivinicultura, configuran un entramado económico y cultural en el que el agua es el elemento articulador.

En este sentido, la gastronomía regional refleja esta integración. El vino se acompaña de productos locales, sabores del campo y prácticas culinarias que han evolucionado en conjunto, dando lugar a una experiencia que va más allá del consumo: una expresión viva del territorio. En la actualidad, esta interacción entre vino, gastronomía y paisaje constituye uno de los principales atractivos culturales y turísticos de Parras, contribuyendo a la preservación y difusión de su patrimonio biocultural (Consejo Mexicano Vitivinícola, 2024).

UN PAISAJE CONSTRUIDO POR EL TRABAJO HUMANO

El paisaje de Parras no es solo natural. Es un paisaje cultural conformado por viñedos, nogaleras, acequias, bodegas, casonas, haciendas y antiguos caminos, resultado de siglos de intervención humana (García Martínez, 1992). Ese paisaje contiene capas históricas en las que conviven trazas coloniales, infraestructura agrícola, patrimonio edificado, vestigios industriales y elementos rurales que aún forman parte de la vida cotidiana. No es un paisaje inmóvil, sino construido y transformado constantemente.

Diversos organismos internacionales y estudios especializados han señalado que los paisajes culturales representan la interacción prolongada entre las comunidades humanas y su entorno natural, constituyendo expresiones materiales e inmateriales de la historia de un territorio (ICOMOS, 2017; Rössler, 2006; UNESCO, 2011). En el caso de Parras, esta interacción puede observarse en la permanencia de sistemas hidráulicos tradicionales, de áreas agrícolas históricas, de edificaciones vinculadas a la producción vitivinícola y de espacios que conservan funciones productivas y sociales desde hace varias generaciones.

El paisaje cultural no se limita a los elementos visibles del territorio. También refleja procesos históricos, formas de organización social y estrategias de adaptación desarrolladas a lo largo del tiempo. Una acequia antigua, un muro de adobe, una bodega histórica o una noria constituyen testimonios materiales que permiten comprender distintas etapas del desarrollo agrícola y económico del valle. Los caminos antiguos remiten a redes de intercambio y comunicación; las bodegas, a procesos productivos; las haciendas, a formas de organización territorial; y las antiguas instalaciones industriales, a transformaciones tecnológicas ocurridas en distintos periodos históricos.

Esta diversidad de elementos permite reconocer al paisaje como una fuente de información sobre la evolución del territorio. Diversos estudios sobre patrimonio cultural han destacado que la conservación de estos espacios contribuye a fortalecer la identidad local, a favorecer la apropiación social del patrimonio y a mantener la memoria colectiva asociada a los procesos históricos de ocupación y transformación del entorno (UNESCO, 2011).



Bajo esta perspectiva, el paisaje de Parras no constituye únicamente el escenario donde se desarrolla la actividad vitivinícola, sino también una parte fundamental de su historia. La disposición de los cultivos, la localización de las acequias, la arquitectura de las haciendas y la permanencia de antiguos espacios productivos muestran cómo el agua, la agricultura, el trabajo y la sociedad han contribuido conjuntamente a la construcción de uno de los paisajes culturales más representativos del norte de México.

OFICIOS QUE SOSTIENEN UNA TRADICIÓN

Detrás de una botella hay múltiples oficios que sostienen esta tradición. Desde quien poda la vid, conduce el riego y cosecha, hasta quien cuida la fermentación, limpia barricas, diseña etiquetas, sirve una copa o interpreta la historia del territorio, todos forman parte de una cadena cultural. La producción vitivinícola no depende únicamente de la vid o de la tecnología empleada en las bodegas; también descansa en conocimientos prácticos acumulados durante generaciones y adaptados a las condiciones específicas del valle (Corona Páez, 2011).

Como se observa en la figura 4, la cultura del vino abarca una diversidad de actividades especializadas que van desde el trabajo agrícola hasta la elaboración, comercialización y difusión del producto. Cada una de estas tareas requiere habilidades específicas y contribuye a la continuidad de una tradición que forma parte de la identidad regional.



Figura 4. Oficios vinculados a la cultura vinícola, donde trabajo, técnica y saberes prácticos convergen en patrimonio vivo. Fotografía de Adolfo Perales Huerta

Muchos de esos saberes son discretos y, a veces, pasan desapercibidos, pero son precisamente esos conocimientos cotidianos los que sostienen una tradición viva. Reconocer esos oficios es reconocer patrimonio humano. La continuidad de una tradición rara vez depende solo de grandes instituciones; muchas veces descansa en habilidades concretas transmitidas entre generaciones y comunidades. Desde esta perspectiva, el patrimonio no se limita a edificios, objetos o paisajes, sino que también incluye conocimientos, prácticas y formas de interpretar el territorio que las personas mantienen y recrean en su vida cotidiana (Smith, 2006; UNESCO, 2011). Técnicas de campo, decisiones de bodega, manejo empírico y observación práctica constituyen formas de conocimiento que han permitido adaptar la producción vitivinícola a las condiciones ambientales y sociales del territorio.

Diversos organismos internacionales han destacado la importancia de los conocimientos tradicionales y de los oficios especializados como parte del patrimonio cultural inmaterial de las comunidades, ya que constituyen prácticas vivas que fortalecen la identidad, la cohesión social y la transmisión de conocimientos entre generaciones (UNESCO, 2011). En este sentido, los oficios asociados al vino forman parte de un patrimonio que trasciende los objetos materiales y se expresa en habilidades, experiencias y formas de trabajo compartidas.

En muchos casos, estos oficios se aprenden en la práctica y se transmiten en las familias o comunidades, lo que refuerza su valor como patrimonio cultural vivo. Gracias a esta transmisión intergeneracional, numerosos conocimientos relacionados con el cultivo de la vid, el manejo del agua, la elaboración del vino y la atención de visitantes continúan vigentes y siguen contribuyendo a la preservación de la cultura vitivinícola de Parras.

PATRIMONIO, TERRITORIO Y FUTURO

El concepto de patrimonio permite ampliar esta lectura. Actualmente se reconoce la existencia de un patrimonio agrícola, hidráulico, industrial, gastronómico e inmaterial, vinculado a prácticas, saberes y memorias colectivas que contribuyen a la construcción de la identidad de los territorios (UNESCO, 2011). Desde esa perspectiva, Parras reúne múltiples dimensiones

patrimoniales que dialogan entre sí y reflejan más de cuatro siglos de interacción entre el agua, la agricultura, la vitivinicultura y la sociedad.

En décadas recientes, la tradición vitivinícola histórica se ha articulado con nuevas bodegas, proyectos artesanales y una creciente vocación enoturística. Este proceso ha ampliado la relación entre el vino y la sociedad, generando experiencias culturales, actividades recreativas y nuevas oportunidades económicas vinculadas al patrimonio regional. De acuerdo con el Consejo Mexicano Vitivinícola (2024), el enoturismo se ha consolidado como una de las actividades de mayor crecimiento en las regiones productoras de vino de México, lo que favorece la diversificación económica y la valorización de los paisajes vitivinícolas. Diversos estudios han señalado, además, que las experiencias enoturísticas contemporáneas tienden a integrar elementos de tradición, hospitalidad, identidad territorial e innovación, lo que fortalece la conexión entre visitantes, patrimonio y cultura local (Alonso et al., 2022). En el caso particular de Parras, la condición de Pueblo Mágico y el desarrollo de actividades vinculadas al vino han contribuido a posicionar al municipio como uno de los principales destinos de enoturismo del norte de México (Lara et al., 2022).

Como puede observarse en la figura 5, recorrer viñedos, visitar bodegas, participar en catas o caminar por paisajes vinculados al vino puede convertirse en una experiencia que conecta la producción, la memoria y la identidad. Estas actividades acercan a los visitantes a la historia del territorio



Figura 5. Enoturismo en el paisaje vitivinícola: expresión contemporánea de la relación entre vino, cultura y territorio.
Fotografía de archivo NODO.

y favorecen una mayor valoración de los recursos naturales y culturales que han dado forma al oasis de Parras.

En este proceso también se han revalorado elementos que durante mucho tiempo se consideraron secundarios, como los antiguos sistemas hidráulicos, las ruinas industriales, los caminos rurales, la gastronomía local y la memoria oral.



Diversos estudios sobre patrimonio cultural han señalado que la conservación de estos elementos contribuye a fortalecer el sentido de pertenencia y la apropiación social del territorio (UNESCO, 2011).

El enoturismo, entendido desde una perspectiva integral, puede ser más que una actividad recreativa o de consumo. Puede convertirse en una herramienta para interpretar el territorio, fortalecer la difusión del patrimonio y generar nuevas formas de valorar el paisaje cultural. En regiones históricas como Parras, esta actividad permite vincular la producción, la conservación y el desarrollo local.

Al mismo tiempo, este proceso plantea desafíos importantes. El agua, base histórica de este oasis, enfrenta presiones derivadas del cambio climático, de la sobreexplotación y de los cambios en los sistemas productivos. En regiones semidesérticas, estos cambios pueden tener efectos más intensos, afectando tanto la disponibilidad como la calidad del agua y aumentando la vulnerabilidad de los sistemas productivos que dependen de este recurso (CONAGUA, 2023; IPCC, 2023).

En regiones semidesérticas, estos cambios pueden afectar tanto la disponibilidad como la calidad del agua, influyendo directamente en las actividades agrícolas, ganaderas y vitivinícolas que han caracterizado históricamente al valle. Esto obliga a replantear las formas en que se produce, se habita y se gestiona el territorio.

Pensar el futuro de Parras implica preguntarse cómo conservar las relaciones entre el agua, el paisaje, la memoria, el trabajo y la cultura. No basta con preservar edificios históricos ni con promover únicamente el turismo; el reto consiste en mantener los procesos sociales, ambientales y productivos que han permitido la continuidad de este paisaje cultural durante más de cuatro siglos.

En este contexto, la sostenibilidad y el patrimonio dejan de ser conceptos separados. La conservación del agua contribuye a la preservación del paisaje; la conservación del paisaje favorece la continuidad de las actividades productivas y culturales; y la permanencia de estas actividades fortalece la identidad territorial. Bajo esta perspectiva, el patrimonio no se limita a los elementos materiales del pasado, sino que constituye una realidad dinámica que continúa transformándose junto con la comunidad que le da sentido.

Reducir Parras únicamente a la producción de vino sería simplificar una historia mucho más compleja. Parras también es agua, agricultura,

patrimonio hidráulico, paisaje, memoria y adaptación ambiental. Su principal valor radica en mostrar cómo una comunidad logró transformar las condiciones de un entorno árido en una experiencia histórica de ocupación, producción y construcción cultural que perdura hasta nuestros días.

CONCLUSIONES

El Valle de Parras de la Fuente es un claro ejemplo de cómo la interacción entre la naturaleza y la sociedad puede dar lugar a paisajes culturales complejos y duraderos. A lo largo de este recorrido se ha mostrado que la disponibilidad de agua, asociada a sistemas hidrogeológicos regionales que han permitido la existencia de manantiales y áreas agrícolas permanentes, ha sido un elemento fundamental para el establecimiento humano, el desarrollo productivo y la construcción cultural de este oasis del norte de México.

La vitivinicultura, lejos de ser una actividad aislada, forma parte de un sistema territorial más amplio en el que la agricultura, la ganadería, la gastronomía, el patrimonio hidráulico y los saberes tradicionales convergen. En este contexto, el vino puede entenderse como una expresión cultural que sintetiza más de cuatro siglos de adaptación ambiental, conocimiento técnico y trabajo colectivo.

Asimismo, el reconocimiento del paisaje de Parras como una construcción histórica permite valorar no solo sus elementos materiales, como acequias, haciendas, viñedos y bodegas, sino también los conocimientos, oficios y prácticas culturales que han contribuido a su permanencia a lo largo del tiempo. Esta perspectiva resulta especialmente relevante ante los desafíos actuales de la conservación del patrimonio y la gestión sostenible de los recursos hídricos.

Más que un territorio del pasado, Parras constituye un paisaje cultural vivo que continúa transformándose. Su estudio permite comprender cómo el aprovechamiento del agua, la producción agrícola y la tradición vitivinícola han contribuido a la formación de una identidad regional singular, al tiempo que plantea la necesidad de fortalecer estrategias que aseguren la conservación de este patrimonio biocultural para las generaciones futuras (Toledo & Barrera-Bassols, 2008).

AGRADECIMIENTOS

Los autores expresan su agradecimiento a las comunidades, productores vitivinícolas, agricultores y custodios del patrimonio histórico de Parras de la Fuente, cuya experiencia y compromiso con el territorio han permitido preservar la riqueza cultural, hidráulica y productiva del valle.

REFERENCIAS

- Alonso, A. D., Bressan, A., Vu Thi Kim, O., Kok, S. K., & Atay, E. (2022). Integrating tradition and innovation within a wine tourism and hospitality experience. *International Journal of Tourism Research*, 25(1), 169–182. <https://doi.org/10.1002/jtr.2561>
- Chevalier, F. (1976). *La formación de los grandes latifundios en México*. Fondo de Cultura Económica.
- Comisión Nacional del Agua. (2023). *Actualización de la disponibilidad media anual de agua en el acuífero General Cepeda–La Saucedá (0505), Estado de Coahuila*. <https://sigagis.conagua.gob.mx>
- Consejo Mexicano Vitivinícola. (2024). *Informe anual de la industria vitivinícola mexicana 2024*. <https://uvayvino.org.mx>
- Corona Páez, S. (2004). *La vitivinicultura en Parras y La Laguna*. Universidad Iberoamericana Laguna.
- Corona Páez, S. A. (2009). El Valle de Parras y el desastre de la filoxera, 1870–1910: Génesis y consolidación de una empresa vitivinícola en tiempos de crisis. *Mundo Agrario*, 9(18), 1–25.
- Corona Páez, S. (2011). *El país de la Laguna: Impacto hispano-tlaxcalteca en la forja de la Comarca Lagunera*. Universidad Iberoamericana Laguna.
- Fuerte Velázquez, D. J. (2019). Sustentabilidad y la gestión del recurso agua en México: Una revisión histórica. *Economía y Sociedad*, 23(40), 13–27.
- García Martínez, B. (1992). *El desarrollo regional en México*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Económicas.
- Hodge, A. T. (2002). *Roman aqueducts & water supply*. Duckworth.
- ICOMOS. (2017). *Principles concerning rural landscapes as heritage*. International Council on Monuments and Sites. <https://www.icomos.org>

- IPCC. (2023). Climate change 2023: Synthesis report. In H. Lee & J. Romero (Eds.), *Contribution of Working Groups I, II and III to the Sixth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change* (pp. 35–115). Intergovernmental Panel on Climate Change. <https://doi.org/10.59327/IPCC/AR6-9789291691647>
- Lara, C. B., Pérez, B. E. M., & Torres, L. H. S. (2022). Parras, Coahuila pueblo mágico y enoturismo. *Journal of Tourism and Heritage Research*, 5(3), 176–192.
- Lightfoot, D. R. (1996). Syrian qanat Romani: History, ecology, abandonment. *Journal of Arid Environments*, 33(3), 321–336. <https://doi.org/10.1006/jare.1996.0068>
- Mitchell, N., Rössler, M., & Tricaud, P. M. (2009). *World Heritage cultural landscapes: A handbook for conservation and management* (World Heritage Papers No. 26). UNESCO World Heritage Centre.
- Palerm, J. (2005). *Aportaciones para el estudio de la obra hidráulica del pequeño riego, Parras de la Fuente, Coahuila, México* [Tesis de maestría, Colegio de Postgraduados]. <https://doi.org/10.13140/RG.2.1.1921.6242>
- Rössler, M. (2006). World Heritage cultural landscapes: A UNESCO flagship programme. *Landscape Research*, 31(4), 333–353.
- Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera. (2024). *Anuario estadístico de la producción agrícola 2024*. <https://www.gob.mx/siap>
- Smith, L. (2006). *Uses of heritage*. Routledge.
- Toledo, V. M., & Barrera-Bassols, N. (2008). *La memoria biocultural: La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales* (Vol. 3). Icaria Editorial.
- UNESCO. (2011). Recommendation on the historic urban landscape. In F. Bandarin & R. van Oers (Eds.), *The historic urban landscape: Managing heritage in an urban century* (pp. 209–216). Wiley-Blackwell.